

aquellos bárbaros. *No os inquieteis por vuestros hermanos,* les dijo el cónsul chancéandose, *tienen la tierra que les hemos dado, y la conservarán para siempre.* Habiendo exclamado los bárbaros que los Romanos serian castigados por estas burlas, primero por los Cimbríos y despues por los Teutones, quando llegasen *Ya están ahí,* replicó Mario, *y seria poco delicado que os marcháseis sin haberles saludado.* Al momento les mostró los gefes de aquellós bárbaros cargados de cadenas.

Se dió la batalla en los llanos de Verceil. Mario tuvo la destreza de poner á los Cimbríos en una falsa posicion. El sol y el polvo les cegaban, y todos se dejaron exterminar, ó huyeron á sus trincheras. « Allí fue, dice Plutarco, donde se vió el espectáculo mas trágico y terrible. Las mujeres, vestidas de negro, y colocadas sobre los carros, mataban ellas mismas á los fugitivos, de los cuales unos eran sus maridos y otros sus hermanos ó padres; ellas ahogaban á sus hijos con sus propias manos, les arrojaban bajo las ruedas de los carros ó bajo los piés de los caballos y en seguida se mataban á sí mismas. Los hombres, á falta de árboles para ahorcarse, se ponian al cuello nudos corredizos que ataban á los cuernos ó á las piernas de los bueyes, y picándolos despues para hacerlos correr, perecian ahogados ó pisoteados por estos animales. A pesar del gran número de los que así se mataron, hicieron mas de sesenta mil prisioneros y degollaron ciento veinte mil (1). »

Triunfo de Mario. Mario, ensoberbecido con estas hazañas, no queria ya ser comparado mas que á los dioses. Los Romanos le concedieron unos honores reservados hasta entonces á la Divinidad. Le ofrecieron las primicias de su mesa é hicieron algunas libaciones en honor suyo. El pueblo le dió el título de tercer fundador de Roma, igualándole así á Camilo y á Romulo. Los mismos nobles humillaron su orgullo delante su genio, y exclamaron con un historiador de su partido: *No, Roma no tiene que arrepentirse de haber criado á Mario.*

(1) Plutarco, trad. de Ricard.

CAPITULO III.

Mario y Sila. Guerra social (1).

(100-79.)

Quando Roma quedó libre de los Cimbríos y de los Numidas, la gran lucha del pueblo contra los nobles se principió de nuevo con un encarnizamiento increíble. Pero despues de la muerte de los Gracos el debate se ha aumentado extraordinariamente. Ya no se trata solo de los diversos órdenes que componen la ciudad; la guerra estalla entre Roma y sus aliados. Segun lo comprendia Cayo Graco, la base de la constitucion se ha ensanchado, los Italianos piden el derecho de ciudadanía, y cuando vieron que se les rehusaba con terquedad, tomaron las armas. La guerra civil no está ya pues encerrada en los muros de la ciudad de Rómulo; tiene por teatro la Italia entera. Tal es la causa y el objeto de la guerra social. Cuando los aliados han obtenido lo que desean, la lucha se continúa entre los antiguos y nuevos ciudadanos. Mario y Sila son los gefes de estos dos partidos. El primero quiere ahogar en su sangre la aristocracia, y llena á Roma de los mas horribles asesinatos; el segundo quiere aniquilar al pueblo por los mismos medios y multiplica sus proscripciones. Por desgracia ambos consiguen su objeto. La aristocracia y la democracia han de sucumbir igualmente en medio de esta anarquía, y veremos que el despotismo se eleva sobre sus restos en menos de un siglo.

§ I. Guerra social. Destierro de Mario (100-87).

Falsa política de Mario. El vencedor de los Cimbríos y de los Teutones no tenia genio mas que para la guerra. En el Foro no volvia á encontrar aquella constancia é intrepidez que mostraba en los combates; una palabra de alabanza ó vituperio le ponía fuera de sí mismo. Sentíase inclinado por

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Entre los antiguos: Plutarco, *Vidas de Mario y de Sila*; Apiano, *De bello civili*; Floró y Velejo Patéculo; entre los modernos todas las historias generales indicadas anteriormente.

carácter á sostener los pequeños contra los grandes, y á defender los derechos de los Italianos contra las pretensiones del senado y del pueblo de Roma; pero jamás tuvo valor para confesar su designio. Su doblez é irresolucion hicieron fracasar todas sus medidas, y le deshonraron á los ojos de todos los partidos.

Así que volvió de sus gloriosas expediciones, halagó al pueblo haciendo distribuir á los pobres las tierras ocupadas por los Cimbrios en la Transpadana, y dando á sus veteranos cincuenta fanegas de tierra en Africa. Era esta una especie de ley agraria semejante á la de los Gracos. El populacho de Roma se mostraba celoso de un favor que solo aprovechaba á los aliados y habitantes de las tribus rústicas. Mario indispuso tambien contra sí á todos los nobles desterrando á Metelo, su antiguo bienhechor. Si hubiera manifestado firmeza, habria podido al menos hacer frente á todos sus enemigos. La nulidad de su colega le entregaba el consulado, y era dueño de la pretura y del tribunado por Glaucias y Saturnino, sus criaturas. Pero en lugar de usar de todo su poder se manifestaba embarazado de tamaño cargo. Dejose eclipsar por Saturnino, á quien los Italianos en su entusiasmo saludaban con el título de rey, y se vió obligado despues por el senado á tomar las armas contra sus propios partidarios. Así tuvo la bajeza de sitiarse en el Capitolio á Glaucias y al mismo Saturnino y condenarles á muerte con todos sus satélites. Metelo, á quien hizo desterrar, fue en seguida llamado á pesar suyo, y recibido en Roma con una pompa triunfal (99). El débil Mario se avergonzó tanto de ello que marchó para Capadocia, bajo pretexto de ir á cumplir los sacrificios que habia prometido á la madre de los dioses, pero en realidad para excitar á Mitridates y á los reyes de Asia con el fin de sublevarse contra Roma. Tenia la esperanza de ser elegido para someter estos rebeldes y recoger nuevos laureles.

Tribunado de Livio Druso (92). Sin embargo los Italianos estaban abandonados á la merced de sus enemigos. Una ley dada por L. Craso y M. Scévola les habia ordenado salir de Roma y volver á su patria. El tribuno Livio Druso, hombre

elocuente y probo, volvió á desempeñar el papel de los Gracos y les defendió. En lugar de sancionar su destierro, propuso darles el derecho de ciudadanía, distribuir á los indigentes dinero y tierras, abrir el senado á los caballeros, y devolver las sentencias á los senadores. Este sistema moderado, que tenia la pretension de conciliar todos los intereses, vejó á todos. Los senadores creyeron que serian degradados, si recibian caballeros en su asamblea, los caballeros se quejaron de que les quitarian los votos, y la plebe de Roma vió con pena que los aliados se repartian sus privilegios. Solo los Italianos estaban satisfechos. Rodearon á Druso, pero no fueron bastante hábiles para evitar el golpe que le amenazaba. El fiero tribuno murió asesinado exclamando: *Nadie dirigirá la patria con intenciones mas puras que las mías.*

Guerra social (91). Los autores de su muerte derogaron todas sus leyes y declararon traidor á la patria á todo aquel que propusiese conceder á los aliados el derecho de ciudadanía. Estos se arrojaron al partido de la revolucion, y pidieron la fuerza lo que la ley les rehusaba. Los Marsos dieron el ejemplo bajo las órdenes de Pompeyo Silo, su valiente general. Los Picentinos, Pelignios, Campanios, Apulios, Lucanios y principalmente los Samnitas rivalizaron en ardor para unirse á ellos. Esta terrible confederacion tuvo por capital á Corfinio, én el territorio de los Pelignios, y se creó un foro, una curia y un sénado. Roma, yerta de terror, multiplicó sus alistamientos de tropas, hizo un llamamiento á todos sus mas hábiles generales, y envió legiones al Samnio y al pais de los Marsos. Esta guerra fue terrible; se evaluó en mas de trescientos mil el número de los que murieron en ella. Mario habia aceptado el mando de un ejército, pero le repugnaba derramar la sangre de los que habia defendido y amado siempre. Pretextó padecer de los nervios y renunció su destino. Sila, el hombre de la nobleza, se complació por el contrario en tratar con rigor á aquel populacho. Hizo una guerra de exterminio en la Campania y el Samnio, y marcó en todas partes su paso con asesinatos é incendios. Despues de todos estos excesos los Romanos se vieron en

el caso de ceder. Julio César al pronto hizo adoptar una ley que acordaba el derecho de ciudad á todos los Latinos y Ombrios que permanecieron fieles. Despues vino la ley Plantia que hizo extensivo este privilegio á toda la Italia (88).

Rivalidad de Mario y de Sila. Desgraciadamente la guerra no podia terminarse por estas concesiones; lo único que sucedió fue que cambió de teatro y de carácter. Una enemistad profunda habia de separar naturalmente á los antiguos ciudadanos de los nuevos. Al principio se reunieron estos en ocho tribus que eran las últimas en las votaciones, lo cual era una manera de hacer inútiles sus sufragios y onerosos sus derechos. Los Marsos, Ombrios y Etruscos, en una palabra, todos esos pueblos venidos de diferentes partes de Italia, se indignaban de haber hecho un largo viaje para asistir en vano á las decisiones del Foro y á las elecciones del Campo de Marte. Mientras que los candidatos buscaban con ardor los sufragios de los demas ciudadanos, se irritaban al ver desleñados los suyos. Mario se puso de su parte, y propuso una ley en virtud de la cual habian de ser repartidos en las treinta y cinco tribus con los demas ciudadanos. Vió que se levantaba contra él Sila quien heria su orgullo hacia mucho tiempo, atribuyéndose la gloria de haber cogido á Yugurta y puesto fin á la guerra de Numidia. Estos dos hombres parecian haber nacido para combatirse. Su origen, su carácter, la naturaleza de su genio, el objeto de su ambicion, todo era contrario en ellos. La oposicion de Sila, el gefe de la nobleza, no sirvió sino para que el publicano de Arpino fuese mas ardiente para hacer pasar su ley, y lo consiguió. En pago, los Italianos le dieron el mando de la guerra contra Mitridates.

Sila marcha contra Roma. Sila, que antes habia estado encargado de ella, se indignó. Por la injusticia del pueblo, hizo que los soldados participasen de su resentimiento y marchó contra Roma. El pueblo, que estaba desarmado, subió á los tejados, é hizo caer sobre las legiones una infinidad de tejas y piedras que les impedian avanzar. Entonces Sila sin consideracion á sus amigos, aliados y parientes, pone fuego á las

casas y ordena á sus soldados que le imiten. En un instante el hierro y el fuego le hicieron dueño de la ciudad. Al momento reunió el senado, hizo degollar al tribuno Sulpicio, y ofreció un premio por la cabeza de Mario, á pesar de Scévola que tuvo bastante valor para exclamar: *No, jamás declararé enemigo de Roma al que la ha salvado de los Cimrios.*

Destierro de Mario. Despues de haber llamado inútilmente en su auxilio á los esclavos, huyó Mario. Anduvo errante de aldea en aldea, y en seguida se embarcó en Ostia. Cansado del mar y de las tempestades, volvió á desembarcar en Circei, anduvo de nuevo errante y mendigando, y fué á ocultarse en los cañaverales de los pantanos de Minturnes donde fue descubierto. Dícese que habiendo enviado los magistrados de esta ciudad un esclavo para matarle, Mario le miró con orgullo, y le dijo con un ademan terrible: *Desgraciado, ¿te atreverás á matar á Cayo Mario?* El soldado atemorizado huyó exclamando: *No, yo no puedo matar á Cayo Mario.* No atreviéndose los Minturnios á dar muerte á tan grande hombre, le proporcionaron un barco para que se fugase. Llegó á Africa, donde esperaba encontrar algun socorro. El pretor Sextilio le envió un licitor para prohibirle la entrada en su provincia. El ilustre fugitivo, lleno de dolor, guardó largo tiempo un profundo silencio. En fin, habiéndole preguntado el licitor lo que deberia responder á su amo: *Dile*, respondió Mario suspirando profundamente, *que has visto á Mario sentado sobre las ruinas de Cartago.* Palabras de mucho sentido, como dice Plutarco, y que ponian á la vista de Sextilio la suerte de esta ciudad y la suya, como dos grandes ejemplos de las vicisitudes humanas.

§ II. Desde el destierro de Mario hasta el fin de la expedicion de Sila contra Mitridates (88-84).

Marcha de Sila. Al apoderarse de Roma, dijo Sila que venia á restablecer el reinado de la libertad. El pueblo le cogió la palabra y nombró cónsul á L. Cinna, uno de sus mas ar-

dientes adversarios. El día de su elección, prometió Cinna con imprecación ser siempre fiel á Sila, pero pronto olvidó sus juramentos. Apenas principió á ejercer sus funciones le hizo acusar por el tribuno Virginio. Sila dejó á los acusadores y jueces todo el tiempo necesario para que debatiesen el proceso, y partió para hacer la guerra á Mitridates.

Sus victorias contra Mitridates. Este monarca, que había hecho exterminar ciento cincuenta mil Romanos en un día, dominada en el Asia Menor, la Tracia, la Macedonia, la Grecia, y gobernaba veinte y cinco naciones, cuyas lenguas hablaba y comprendía (1). Cuando Sila llegó á Grecia, todas las ciudades le enviaron embajadores para llamarle. Atenas, dominada por el tirano Aristion, fue la única que se negó á rendirse. Sila la sitió y lo hizo con un vigor admirable. Cortó los maderos sagrados para hacer con ellos máquinas de guerra, echó abajo los árboles magníficos que daban sombra á las calles del Liceo y de la Academia, y robó todos los tesoros que la superstición había acumulado en Epidauro, Delfos y Olimpia. Con este dinero pagaba sus tropas, y decía muchas veces riendo: *¿Cómo no he de ser dichoso, si los mismos dioses se encargan de los gastos de la guerra?*

El tirano Aristion, por su parte, insultaba al general romano y á su mujer Metela desde lo alto de las murallas de la ciudad. El pueblo de Atenas, al ver este hombre feroz con ojos verdes y tez roja manchada de blanco, había recuperado su humor satírico y repetía este verso de un chistoso:

Sila no es mas que una mora cubierta de harina.

El vencedor se vengó cruelmente de estas burlas. Permitió á sus soldados que todo lo robaran y que degollasen á cuantos encontrasen. La sangre derramada en la plaza llenó todo el Cerámico, rebosó por las puertas y corrió en los barrios. Después de destruir las fortificaciones del Pireo y del arsenal, abandonó Sila el país poco fértil del Atica, que no podía alimentar sus tropas y pasó á Beocia. Encontró los ejércitos de Mi-

(1) Véase mi *Compendio de la Historia antigua*.

tridates y los derrotó en Cheronea y Orchomeno. La primera de estas victorias solo le costó catorce hombres; pero en Orchomeno sus tropas principiaban á huir, cuando él mismo se arrojó en medio de los enemigos exclamando: *Romanos, glorioso será para mí morir aquí; en cuanto á vosotros, cuando os pregunten dónde habeis abandonado á vuestro general, acordaos de responder que en Orchomeno.* La palabra y el ejemplo del jefe hicieron que los fugitivos volviesen al combate, y los enemigos fueron otra vez derrotados.

Triunfo del partido de Mario en Roma. Mientras que Sila obtenía algunas victorias contra los enemigos de la República, Roma degollaba á sus partidarios y ponía el cetro en poder de Mario. L. Cinna quiso derogar todo cuanto había hecho Sila y repartir de nuevo los Italianos en las treinta y cinco tribus. Los antiguos ciudadanos tomaron las armas, inundaron las calles de Roma con la sangre de los aliados y declararon que Cinna había decaído del consulado. Este se puso á la cabeza de los Italianos; reunió treinta legiones y volvió á llamar á Mario y á todos los desterrados. El publicano de Arpino, irritado por la desgracia, meditaba en su alma terribles venganzas. Sin querer aceptar ningun título ni distincion, se puso á la cabeza del ejército, batió las tropas del senado bajo los muros de Roma y sitió esta ciudad. El hambre y la peste obligaron en breve á los sitiados á rendirse. Cinna se hizo reconocer cónsul antes de recibir la sumision del senado. Mario, deteniéndose en la puerta, dijo con una ironía llena de orgullo que habiéndole desterrado una ley de Roma, era preciso otra que le permitiese entrar en ella. Todavía se estaban recogiendo los votos del pueblo, cuando sin esperar el fin de esta vana formalidad, entró á la ciudad con todos sus satélites.

Estos mataban indistintamente á todos aquellos que Mario les designaba de viva voz ó por señas. Aun se convino que serian degollados todos aquellos á quienes Mario no saludase, ó dejara pasar sin hablarles. Sus amigos no se aproximaban á él sino temblando. Cinna habría querido poner un término á estos degüellos; pero el feroz vencedor de los Cimbrios

trató á su patria como á una ciudad tomada por asalto, y continuó haciendo matar á todos los que le eran sospechosos. Vefase por todos los caminos y ciudades correr las gentes, segun la expresion de Plutarco, como perros de caza, persiguiendo á aquellos que se habian escondido ó huido. Lo que hacia temblar principalmente, era la brutalidad de los satélites de Mario, quienes despues de haber muerto al dueño de la casa, deshonraban á los hijos y á las mujeres, sin que fuese posible reprimir su lujuria y crueldad.

En medio de todos estos horrores, Mario se hizo nombrar cónsul por la sétima vez. Presentia que iba á tener que combatir en breve los ejércitos victoriosos de Sila, y este pensamiento le llenaba de cuidados é inquietud. En vano buscaba en el sueño una tregua á sus remordimientos y un remedio á sus penas. Unas pesadillas espantosas le ponian en una especie de delirio perpetuo, que arruinó rápidamente todas sus fuerzas. Murió el décimosétimo dia de su consulado. Su muerte causó á los Romanos la mayor alegría, porque se creyeron libres de la tiranía. Pero en esta última edad de la República, la tiranía no tuvo interregno en Roma. Muerto el tirano, ¡ viva el tirano ! Despues de Mario, Sila.

Paz de Sila con Mitridates (84). Habiendo sabido el vencedor de Mitridates que se habia decretado en Roma su proscripción y que triunfaba Mario, se apresuró á hacer la paz con el del Ponto. Tuvo con él una entrevista en Dardan en el Tróade, y le dictó con orgullo sus condiciones de paz: Retirarás, le dijo, tus tropas de todas las ciudades que no poseías antes de la guerra, devolverás á Nicomedes la Bitinia, á Arbarzanes la Capadocia y todos los prisioneros sin rescate, me pagarás dos mil talentos y me proporcionarás ochenta navíos equipados con quinientos arqueros; en fin, dejarás tranquilos á todos los amigos y aliados de los Romanos. *¿Qué me dejas, pues?* preguntó Mitridates. *Te dejo la mano que ha firmado el decreto de muerte de cien mil Romanos.* En efecto, hubiera podido hacerle cautivo y economizar treinta años de guerra su patria; pero deseaba con impaciencia marchar contra los partidarios de Mario.

§ III. Desde la vuelta de Sila á Italia hasta su abdicacion (84-79).

Vuelta de Sila á Italia. Sila, para hacerse querer de los soldados, les abandonó todos los paisés que atravesaban. Esta desgraciada Asia, robada ya por los publicanos de Roma y por Mitridates, fué devastada de nuevo por aquella soldadesca avara y cruel. Esos hombres groseros, que solo conocian la vida de los campos, estaban orgullosos porque habitaban los palacios, frecuentaban los baños y teatros y gozaban de todas las delicias de la Grecia. Así es que nada igualaba á su decision y afecto á Sila. Cuando llegó el momento de embarcarse para Italia, supieron que aquel necesitaba dinero. Al punto contribuyeron cada uno segun sus facultades, y le ofrecieron lo que pudieron reunir. Sila alabó su buena voluntad, inflamó su celo y llegó á Italia.

Derrotó el ejército del cónsul Norbano en Canusio, ganó á su colega Scipion, y le hizo pasar á su partido con todas las legiones. Batió en seguida en el Lacio los ochenta y cinco batallones del jóven Mario, á quien obligó á encerrarse en Prenesta, y supo que la victoria habia favorecido igualmente en todas partes á sus tenientes Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio. Su adversario mas terrible fué el Samnita Telesino. Este intrépido guerrero se habia colocado entre Roma y Prenesta para libertar á Mario; despues, cambiando de repente de parecer, se volvió bruscamente hácia la ciudad de Rómulo, diciendo á sus soldados, *que era menester aniquilar la madriguera de los lobos ladrones de la Italia.* Sila le sorprendió en el camino; el combate fue terrible. Los Romanos se retiraban ya, cuando Sila, fuera de sí mismo, sacó de su pecho una pequeña figura de oro de Apolo que llevaba siempre en las batallas; la besó con afecto y dirigió su oracion al dios pitio. Sus soldados volvieron á animarse, se restableció el combate, y Telesino fue muerto en medio de su derrota.

Sus proscripciones. El feroz vencedor hizo encerrar en el hipódromo seis mil Samnitas que habian escapado al hierro

de sus soldados, y les hizo degollar en él. Los gritos de sus víctimas retumbaron en el senado cuando Sila principiaba su arenga. *No es nada*, dijo á los senadores que temblaban, *hago castigar á algunos sediciosos*, y continuó su discurso con el mismo tono y sangre fría. Desde entonces ya no puso límites á su crueldad. Todas las mañanas publicaba una nueva lista de proscritos. Estos, cuyos nombres estaban inscritos en aquellas tablas fatales no habian de excitar la piedad y conmiseracion de nadie. Se castigaba de muerte al que se hiciese culpable de este acto de humanidad, aunque fuese el hermano, hijo ó padre de un proscrito. Un joven romano, Metelo, asustado de esta tiranía sanguinaria, se atrevió á preguntar á Sila hasta dónde llevaria sus venganzas: *No lo sé*, respondió el bárbaro. — *A lo menos*, repuso Metelo, *deklaradnos los que quereis sacrificar*. — *Asi lo haré*, dijo Sila; y al dia siguiente encontraron nuevas listas colocadas en la plaza.

« Pero, como dice Plutarco, lo que pareció el colmo de la injusticia, fue que infamó á los hijos y nietos de los proscritos y confiscó sus bienes. Las proscripciones no se limitaron solo á Roma; se extendieron á todas las ciudades de Italia. No hubo templos de los dioses, ni altar doméstico y hospitalario, ni casa paterna que no fuese manchada con asesinatos. Los maridos degollados en el seno de sus mujeres, los hijos entre los brazos de sus madres, y el número de las víctimas sacrificadas al odio ó á la cólera no igualaba ni con mucho al número de aquellos que eran degollados solo por sus riquezas. Asi es que los asesinos podian decir: *A este lo que le ha hecho perecer es su bella casa; á aquel, sus magníficos jardines; á este otro sus baños soberbios*. Un romano, llamado Quinto Aurelio, habiéndose puesto á leer por curiosidad los nombres de los proscritos, encontró el suyo: *¡Qué desgraciado soy!* exclamó: *mi casa de Alba es la que me pierde*. Apenas dió algunos pasos, cuando un hombre que le seguia le asesinó (1).

Quedaron arruinadas ciudades enteras. Los Prenestinos, que habian recibido en sus muros al joven Mario, fueron de-

(1) Plutarco, trad. por Ricard.

gollados en número de doce mil á la vista del mismo Mario. Las ricas ciudades de Spoleta, Terni y Florencia fueron vendidas á pública subasta. Toda la Etruria fue saqueada y la vieja raza etrusca destruida por el acero. Con ella pereció su idioma.

Su dictadura. Despues de haber derramado la sangre como el agua, el mismo Sila se nombró á sí propio dictador. Los antiguos dictadores, elegidos solamente por un tiempo y con un objeto determinado, estaban investidos de un poder esencialmente conservador. Nada podian cambiar de las leyes ni de las instituciones existentes. Sila, por el contrario, se creyó libre de dar á la república una nueva constitucion y otras leyes. Habia hecho perecer todos los partidarios de Mario, y quiso borrar todos sus principios por medio de algunos decretos. Despues de haber inaugurado su dictadura por un espléndido triunfo, se presentó como el restaurador del imperio, y se esforzó en restablecer la república sobre sus bases primitivas. Este era un buen medio para despojar al pueblo de todas las conquistas que habia hecho durante muchos siglos, para devolver á la aristocracia todo el vigor que tenia cuando Bruto arrojó al último de los Tarquinius.

Así, segun la nueva constitucion, toda la autoridad estaba entregada en manos de los nobles. Sila limitó el poder de los tribunales, limitando su *veto* á los asuntos civiles y envileciendo su empleo; despojó al pueblo de la mayor parte de sus derechos, abolió la órden ecuestre, como una novedad desconocida en los bellos tiempos de la república, y esparció sus soldados por la Etruria y el Lacio para proteger y formar un pueblo nuevo en su organizacion tambien nueva. Al mismo tiempo arregló la administracion de la hacienda, reorganizó el órden judicial, devolvió á la antigua religion menos por conviccion que por política, su brillo y crédito, y publicó al mismo tiempo contra el lujo y la corrupcion una multitud de leyes de que él fue desgraciadamente el primer transgresor.

Su abdicacion (79). Cuando reconstituyó de esta manera la sociedad segun sus ideas y principios, la dictadura solo era á sus ojos un vano título. Su vida estaba protegida por trescientos senadores que habia colocado en el senado, diez mil

esclavos que manumitió, que siempre estaban á sus órdenes, y ciento veinte mil hombres que habia hecho propietarios en toda la Italia. Podia pues abdicar sin temor. Mas quiso mostrar en ello cierta ostentacion. Reunió el pueblo y le dijo: *Romanos, os devuelvo la autoridad sin límites que me habeis confiado y os dejo gobernaros por vuestras propias leyes. Si alguno entre vosotros quiere que le dé cuenta de mi administracion, estoy pronto á hacerlo.* Al momento despidió á sus lictores, y se mezcló entre la gente como un simple particular. Habiéndole insultado un jóven, se contentó con decir: *Esto será causa de que no se vuelva á abdicar la dictadura.*

Se retiró á su morada, y dividió el tiempo entre el estudio y los placeres. Escribia sus *Memorias*, ó pasaba el tiempo en beber con los bufones. El cómico, el archimimo Sorix, el infame Metrobio, tales eran los hombres que tenian mas influjo para con él. Sus excesos le causa ron una horrible enfermedad. Su cuerpo cayó en podredumbre, y murió roído por piojos y otros insectos que se renovaban incesantemente. Sus funerales tuvieron todo el brillo de un triunfo. Las damas romanas llevaron una cantidad prodigiosa de aromas, llenaron doscientos diez canastillos, é hicieron con cinamono é incienso dos estatuas de tamaño natural. Una representaba á Sila, la otra á un licitor que llevaba los haces delante de él. Pompeyo empleó todo su crédito para que se le hiciesen tales honores.

CAPITULO IV.

Pompeyo y Ciceron (1).

(70-63.)

Al llegar la república romana á su decadencia, participa de la movilidad que caracteriza á todas las repúblicas griegas. En lugar de ese desarrollo armónico y regular que hemos admirado en sus instituciones durante los primeros tiempos, ya no encontramos sino variaciones perpetuas debidas á los caprichos de los hombres que se suceden en el poder. Esta sociedad enferma se parece á un moribundo que se agita sobre el lecho del dolor, sin encontrar una posicion que le convenga. Así es que ensayó la democracia con Mario, adoptó otra vez el sistema aristocrático en tiempo de Sila, y buscó con Pompeyo y Ciceron un punto de apoyo en una region intermedia, resucitando la órden ecuestre y colmándola de favores. Sin embargo, en medio de estas fluctuaciones, progresaba el despotismo autocrático. Despues de haberse extenuado para defender su libertad, esta sociedad desgraciada habia de ser naturalmente presa del hombre de genio que emprendiese imponerle sus voluntades. Así es que el pueblo prepara sin saberlo ese deplorable desenlace, invistiendo á Pompeyo de una autoridad absoluta é irresponsable. El senado reclama, mas César lo aplaude. Su genio presentia que aquel rival le abria el camino, y que un dia seria llamado á recoger su rico despojo.

§ I. Guerra contra los partidarios de Mario hasta la muerte de Sertorio (78-72).

Estado de Roma á la muerte de Sila. A la muerte de Sila solo Pompeyo pudo recoger la herencia de su poder. Tenia la misma frugalidad y templanza que Caton, y se habia ilus-

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Plutarco, *Vidas de Pompeyo, de Sertorio, de Craso, de Lúculo y de Ciceron*; Salustio, *Conjuracion de Catilina y fragmentos*; Apiano, *De bello civili*; Dion Casio, cuya historia comienza en el año 69 antes de Jesucristo; Ciceron, sus arengas y cartas ofrecen curiosos datos; en fin, todos los compendios indicados anteriormente.